

Revista

APORTES

*para el Estado y la
Administración Gubernamental*

LA POBREZA PIERDE BATALLAS

Germán Sopeña (*)

Muhammad Yunus, un economista bengalí, encabeza un combate silencioso contra la miseria por medio de un simple sistema de microcréditos. Muchos lo creían un idealista sin remedio, pero hoy, tras ganar el premio Príncipe de Asturias, su banco mueve 2.400 millones de dólares que han permitido que dos millones de personas alcancen un nivel de vida decoroso.

Muhammad Yunus en algún momento será un premio Nobel de Economía, o de la Paz. En cualquiera de los dos casos, pocas personas lo merecerían con más justicia.

El profesor Yunus no enseña en Harvard, ni en Oxford, ni en la Sorbona. Camina por los suburbios más pobres de Bangladesh ofreciendo créditos mínimos –20,30 dólares– a los pobres más pobres del planeta, para tratar de sacarlos de la miseria.

Muchos lo creen un idealista sin remedio. O lo creían así cuando empezó con su extraño invento de microcréditos contra la miseria en 1974 y creó su banco –el Grameen Bank– en Chittagong, Bangladesh.

Pero resulta que hoy su banco mueve 2400 millones de dólares al año, tiene sucursales en todo el mundo, y su original propuesta ha permitido que más de dos millones de personas que estaban por debajo del nivel de pobreza extrema hayan alcanzado un nivel de vida decoroso. Su objetivo inmediato es llegar a 100 millones de familias asociadas a su banco para el 2005.

A los 58 años, Yunus no cesa en su idealismo. Ahora tiene una meta superior: acabar con la pobreza en el mundo para el año 2050. Que en ese momento, pensar en la miseria y la marginación sea una barbarie del pasado que nos avergüence como seres humanos, escribe en su libro *Hacia un mundo sin pobreza* (Ed. Andrés Bello, 1998) que está dando la vuelta al mundo como una verdadera revolución silenciosa.

Filósofo Sin Etiquetas

Ninguna etiqueta sirve para limitarlo a una caricatura ideológica. Podría ser un anarquista liberal de los que hay ejemplos aislados en centros académicos norteamericanos o un campeón de la solidaridad humana del cual podrían aprender muchos dirigentes de todo el planeta o un redescubridor del verdadero espíritu del capitalismo y la iniciativa individual unido al deseo de justicia social o un modelo de socialismo humano del siglo XXI, pacifista e integrador de las mejores facetas que pueden ofrecer el liberalismo y el socialismo a la vez.

Pero, en realidad, es un economista que un buen día se convirtió en un filósofo que valora las condiciones básicas del ser humano: su capacidad de supervivencia, sus ansias de mejorar, de elevar el nivel de vida de sus hijos, de aportar una cuota de creatividad individual para ganarse honradamente un lugar en la vida.

Todo eso, que parece simple, no está al alcance de millones y millones de seres marginales en el mundo, en

Asia, en Africa, en América Latina.

Yunus, nacido en una familia de modesta clase media de Dacca, Bangladesh, convivió desde siempre con el espectáculo dantesco de la miseria sin remedio. Una evidencia dramática que aun los argentinos más pobres pueden tener dificultad para comprender en toda su dimensión.

La terrible inundación de 1974, que agravó aún más las penurias de millones de bengalíes sin casas, sin trabajo y sin educación –muchos de ellos analfabetos- llevó a Yunus a tratar de reaccionar saliendo de la jaula dorada de la universidad de Chittagong, donde enseñaba la economía que había aprendido en Estados Unidos.

Me dí cuenta de que lo que importa es resolver problemas concretos, dice en su libro. Y para poder actuar, lo esencial era averiguar qué se podía hacer en el mismo terreno.

Al cabo de una paciente investigación que hizo él mismo en el barrio de Jobra - un enorme sector marginal que haría parecer una villa miseria argentina como un suburbio elegante de Beverly Hills- se dio cuenta que nadie estaba peor en el mundo que una mujer sola, con hijos, analfabeta y sin posibilidad alguna de obtener trabajo. Esa condición es doblemente crítica en un país de fuerte tradición musulmana donde una mujer viuda o repudiada por su marido es casi un ser inexistente.

Prestar a Mujeres Pobres

Yunus propuso entonces algo inaudito: otorgar pequeños préstamos a esa gente sin esperanza para que pudiera poner en marcha una mínima actividad individual. Podía ser fabricar cestas de bambú, coser ropa, transportar cosas. Y decidió prestar ese dinero sólo a mujeres, porque intuyó bien que ellas no desaprovecharían la oportunidad ya que siempre tienen una familia que atender.

El camino fue lento al principio. Yunus recibió ataques implacables de sacerdotes musulmanes conservadores (mollahs) que veían en esa propuesta innovadora la mano de satán, también de intelectuales de izquierda que lo acusaban de adormecer los afanes revolucionarios del pueblo con la ilusión de un imposible desarrollo capitalista y -por supuesto- de sectores de gobierno que veían a un peligroso embrión de poder popular que no podían controlar.

Autoridades bancarias y económicas lo trataron de utópico. Esa gente tan pobre no puede devolver un préstamo, le repetían hasta el cansancio.

Pero, al cabo de pocos años, la propuesta de Yunus demostró que era viable. Con muy poco capital –pero inalcanzable de otra manera para esos sectores marginales- muchas mujeres lograron cambiar su situación y recuperar respeto, dignidad y hasta el apoyo de maridos o familiares masculinos.

A Yunus no le importaba que se dedicaran a tareas mínimas con tal de que produjeran algo concreto que les permitiera pagar semanalmente el bajísimo interés de esos préstamos de 50 o 60 dólares a un año, y así volver a pedir un préstamo mayor al cabo de los doce meses. Tras haber cumplido tres préstamos sin problemas, el crédito se puede ampliar para construir una casa de material.

En cierta forma, estaba reinventando el viejo concepto de los bancos rurales norteamericanos desarrollados en las colonias del siglo XVII. Sin necesidad de oficinas ni empleados de saco y corbata, el Grameen Bank visita a los clientes a domicilio. Sus agentes, estudiantes del propio Yunus al principio, recolectan los pagos de los créditos todos los días de 9 a 12, almuerzan algo, y a partir de las 14 vuelven a distribuir esos mismos fondos a nuevos demandantes de los microcréditos.

Comportamiento Racional

En un caso bastante parecido al de la experiencia del peruano Hernando de Soto con su fundación Libertad, Yunus descubrió que aun gente casi analfabeta tiene un sentido innato de lo que le conviene hacer para mejorar su situación si dispone de la mínima oportunidad de demostrarlo.

Y que poco importa que trabajen en una suerte de economía informal, ya que una excesiva burocracia estatal y corrupción administrativa tampoco les permitiría evolucionar de otra manera.

Como en la teoría económica de las expectativas racionales del Nobel de economía Robert Lucas, también los pobres de Bangladesh demostraron que pueden actuar con racionalidad económica ante la menor oportunidad de la sociedad.

La ocasión fue brindada en este caso por el soñador profesor Yunus, cuyo Banco Grameen –aldea, en el dialecto local- comenzó a crecer cada vez más sin estructura, sin oficinas ni empleados detrás de un mostrador, y con un sorprendente índice de cobranzas casi perfecto.

La fama de Yunus comenzó a trascender gradualmente las fronteras de Bangladesh. Una compañera de sus estudios en Colorado, en los años sesenta, que trabajaba en 1981 en la Fundación Ford, le gestionó el primer gran apoyo internacional, un aporte de 800.000 dólares, que Yunus depositó en Londres con el fin de servir de fondo de garantía para incrementar drásticamente sus microcréditos.

Encuentro con Clinton

En 1985, el gobernador de un estado norteamericano y su mujer quisieron conocer su extraña teoría. Eran Bill Clinton, entonces gobernador de Arkansas, y su esposa, Hillary. Lo escucharon durante dos horas y lo invitaron, de inmediato, a crear el mismo banco de minicréditos para sectores marginales en Arkansas.

Al principio se llamó también Grameen Bank, pero una empleada le dijo a Yunus por teléfono que los primeros clientes hablaban del banco de la buena fe. Yunus aprobó el cambio de inmediato: Llámenlo Good Faith Bank y listo. Así funciona hasta hoy, y logró notables éxitos para sacar de la marginación a familias muy pobres del sur norteamericano, mayoritariamente de raza negra. La idea se aplicó también exitosamente en comunidades de indios sioux y cherokees y en los guetos más marginales de Chicago.

Cuando llegó a la presidencia, Clinton instó a repetir la experiencia a escala nacional y extenderla a otros países. Poco antes de asumir en la Casa Blanca, Clinton reveló, en una entrevista con redactores de la revista Rolling Stone, su voluntad de importar un novedoso concepto bancario de Bangladesh, el microcrédito. Los periodistas lo tomaron con sorna y replicaron que era ridículo adoptar una idea tan extravagante.

Hillary Clinton visitó a Yunus en Bangladesh en 1995 y le dio el espaldarazo final que necesitaba el admirable profesor bengalí. En 1997, organizó un Congreso Mundial del Microcrédito en Washington, en el cual Yunus pudo explicar ante un auditorio mundial la simpleza contundente de su propuesta.

El Rey de España le concedió el premio Príncipe de Asturias, las Naciones Unidas y el Banco Mundial lo invitaron a presidir conferencias sobre la pobreza. Y el 6 de octubre de 1998, en la Asamblea Anual del FMI y del Banco Mundial en Washington, el titular del BM, James Wolfensohn, dedicó su mensaje central a la lucha contra la pobreza y sostuvo enfáticamente que "cientos de miles de mujeres tienen hoy la oportunidad de vivir una vida digna gracias al microfinanciamiento", en una directa alusión a la idea que viene de Bangladesh.

Mensaje de Interés Mundial

El comienzo de una fama mundial también generó una lluvia de propuestas de préstamos internacionales para agrandar el banco de los pobres.

Sorprendentemente, Yunus suele rechazarlos de plano. El Banco Mundial tiene buenas intenciones pero no comprende lo que sucede con la extrema pobreza, afirma Yunus. Me piden garantías y formalidades que ninguna persona tan pobre puede aportar. No se dan cuenta de que sólo se trata de confiar en la gente y darle una oportunidad real. Prácticamente nadie la desaprovecha.

Yunus formula una implacable crítica a los grandes bancos estatales de su país: sólo prestan a los ricos que, además, en muchos casos, no devuelven los créditos. En mi banco sólo tengo un 0,5 por ciento de préstamos incobrables. Los grandes proyectos estatales, que suelen canalizar fondos del Banco Mundial, a menudo terminan en altísimos porcentajes de créditos impagos.

¿Cómo no relacionar esas reflexiones con lo que es archiconocido en nuestro país y en toda América Latina en general?

Cuando se sabe que el Banco Nación tiene un 18 por ciento de préstamos incobrables, o que grandes proyectos con financiamiento internacional –represas, puentes, autopistas- dieron lugar a extraordinarios casos de corrupción, las palabras de Yunus parecen describir con total precisión que lo que sucede en Bangladesh no es muy distinto de lo que conocemos en América Latina. Sólo que aquí los montos en juego son mayores, y la pobreza extrema no alcanza las proporciones dramáticas de los países asiáticos.

Yunus es una rara síntesis de racionalismo occidental y filosofía oriental o de cualquier lugar, en realidad. Vende ideas antiguas pero siempre válidas: buena fe, confianza, responsabilidad, solidaridad. Sostiene que la inmensa mayoría de los individuos comparte esos ideales y compensa largamente los pocos casos de defraudación al banco.

Su teoría funciona en Bangladesh. Y si marcha bien allí, no hay más que imitarla y multiplicar sus minicréditos por el mundo.

Hacen falta muchos otros Yunus. Millones de pobres extremos lo atestiguan en todo el mundo. Muchos de ellos, a escasos minutos de nuestras propias casas.

* Prosecretario general de redacción de La Nación. Este artículo fue publicado en la sección Enfoques de La Nación el pasado 10 de enero y se reproduce por gentileza de su autor.